

Ante la oleada mediática de ataques a la Iglesia católica, en particular al Romano Pontífice, a propósito de los sucesos en torno al abuso de menores, se han multiplicado en progresión geométrica los comentarios. Los del conocido intelectual agnóstico Marcello Pera, ex Presidente del Senado italiano, cuya opinión comparto, no ha dudado en calificar esas agresiones como el nuevo frente de la guerra sin cuartel que el laicismo sostiene contra el cristianismo (*Corriere della sera*, 17-III-2010, p. 23). Se ha buscado desacreditar a la Iglesia católica como garante de la educación infantil y juvenil, como institución de referencia moral ante el mundo.

Que, más allá de algunos hechos penosos, estamos ante una campaña denigratoria, resulta evidente a todas luces. Basta mencionar algunos fácilmente controlables. Se ha acusado insistentemente a la Iglesia de “silenciar” esos sucesos y de no haber aplicado las sanciones jurídicas previstas. Pero lo que llama la atención es que no se hayan levantado voces paralelas de denuncia sobre el silencio de instituciones civiles competentes –ya desde el siglo XIX- para juzgar y condenar –si era el caso- los delitos cometidos por clérigos. Sobre este asunto, los jueces estatales han recibido poquísimas demandas.

Otra manifestación del carácter tendencioso de la cuestión ha sido el rechazo del *New York Times* de publicar la declaración del arzobispo de Nueva York, Mons. Timothy Dolan, universalmente apreciado y conocido por su buen carácter y claridad sin tapujos. En esta declaración (publicada solo en su *blog*) señalaba, sin pretensión de crear polémica, el modo *soft* con que se había tratado el escándalo de la comunidad hebrea ortodoxa de Brooklyn, y la omisión sustancial de los estudios y noticias de agencia sobre el fenómeno de los abusos en las escuelas públicas.

Son datos y elementos que, sin duda, interesa considerar, más que para denunciar –cosa que sería justa en este caso- para mover a perdonar a quienes han organizado estas campañas de prensa, y también, para reparar y sacar experiencia cara al futuro, como el mismo Papa nos ha enseñado. Merece la pena detenerse brevemente en la Carta pastoral que Benedicto XVI ha dirigido a los católicos de Irlanda, con fecha 19 de marzo de 2010, disponible en el sito *web* del Vaticano.

Se trata de un documento sin precedentes, en el que el actual Pontífice sigue haciendo honor al lema por él elegido: “cooperadores de la verdad”. No aparecen en la Carta palabras de denuncia hacia el exterior, ni referencias al penoso tráfico monetario implicado en algunas delaciones. En cambio, abundan frases en las que se subraya la gravedad del mal cometido por personas de la iglesia, con un tono y una energía que recuerda la de los profetas bíblicos.

Benedicto XVI se dirige a los autores de los delitos, a los padres de las víctimas, a quienes han sufrido esos atentados, a los jóvenes y a todos los católicos irlandeses, en particular a los Obispos. A estos últimos pide claridad, búsqueda de la verdad de lo sucedido en el pasado y restitución de lo justo en la medida de lo posible. Les insta, además, a cuidar con esmero lo que, desgraciadamente, no se había custodiado adecuadamente. Menciona la desatención de la confesión frecuente y de la oración cotidiana, la insuficiente formación humana, moral, intelectual y espiritual en los seminarios y noviciados, así como carencias en la selección de los candidatos, y cierta negligencia en la aplicación de las penas canónicas. La fuerza y severidad de esta amonestación se presenta arropada con un derroche de misericordia. Si valiente es la indicación del mal, más clara y decidida es la invitación a confiar en el poder de la gracia, buscando refugio en la inagotable misericordia de Dios. Él se ha manifestado a los hombres lleno de misericordia, siempre pronto a perdonar, cuando se acude por el camino del arrepentimiento y de la penitencia.

«Todos estamos escandalizados por los pecados y errores de algunos miembros de la Iglesia, en particular de los que fueron elegidos especialmente para guiar y servir a los jóvenes. Pero es *en la Iglesia* donde encontraréis a Jesucristo que es el mismo ayer, hoy y siempre (cfr. Heb 13, 8). Él os ama y se entregó por vosotros en la Cruz. ¡Buscad una relación personal con Él dentro de la comunión de la Iglesia, porque Él nunca traicionará vuestra confianza!. Sólo Él puede satisfacer

vuestros anhelos más profundos y dar pleno sentido a vuestras vidas, orientándolas al servicio de las demás» (Carta pastoral, 19-III-2010, n. 9).

El Papa reconoce que la situación en sí misma y los ataques mediáticos han provocado daños, contribuyendo a disminuir la credibilidad de la Iglesia, pero nos anima a confiar en la fuerza sanante de la gracia de un Dios empeñado en salvarnos, con la seguridad de que una vez más sacará de los males, bienes y, de los grandes males, grandes bienes.

En la homilía del domingo de Ramos invitó a todos a seguir a Jesús con el coraje de quien no se deja intimidar por la palabrería de la opinión dominante. El espectáculo imponente de la Plaza de San Pedro, abarrotada por decenas de miles de personas, especialmente jóvenes de diversas partes del mundo, venía a ser como la expresión visible del agradecimiento al Papa por su firmeza y misericordia, por su lealtad sin quiebra y por su comprensión. Gracias Santo Padre.

María Ángeles Vitoria
Profesora de Filosofía de naturaleza
Roma
e-mail: mavitoria@pusc.it